

Presentación

José Emilio Burucúa

Quisiera contarles las circunstancias que motivaron este libro, el derrotero que seguí en su realización. Yo tenía un proyecto desmesurado, casi adolescente, que era redactar, hacer una suerte de primer capítulo sobre una posible teoría *aggiornata* de la civilización. Y lo comencé durante la pandemia, y empecé a escribir el capítulo inicial que, como bien hacemos los historiadores, suele ser un estado de la cuestión. Ese estado de la cuestión empezó a crecer, a crecer, y de pronto tenía más de trescientas páginas y, entonces, como un primer capítulo ya no tenía sentido. Así que transformé eso para este libro, y la teoría general de la civilización me parece que va a quedar archivada, porque además es un proyecto que a esta altura de las cosas puede ser un poco absurdo. Pero, claro, al intentarlo, empecé a encontrar pliegues y trayectorias y autores inesperados, personajes que no conocía, o que conocía poco y que fue extraordinario redescubrir. Después voy a hablar de alguno que me llamó en particular la atención.

Por otro lado, me interesó la posibilidad de explorar el pensamiento y la acción de varias pensadoras en los tiempos de entreguerras, como María Zambrano y Simone Weil, por ejemplo, o de una pintora argentina como Raquel Forner; todas ellas se ocuparon del tema de la civilización. El caso de Raquel Forner fue muy fuerte: ella tenía en su biblioteca varios clásicos de la historia de la civilización y sintió que la Segunda Guerra Mundial era un mandoble feroz contra cualquier idea o proyecto civilizatorio. Así que eso también me entusiasmó muchísimo.

Y siguiendo un poco el ejemplo de los jóvenes investigadores que se han ocupado del tema, también me interesó pensar en los últimos personajes que trataron la cuestión de la civilización como algo genérico, donde hay una especie de agón entre la civilización europea y las otras que han entrado en competencia con ella y muchas veces han sido aplastadas por ella o han tenido la fortaleza posible para hacerle frente y para pensar en otros caminos, otros derroteros, otras alternativas. Para terminar en el pensamiento de un filósofo senegalés que es ahora profesor en Columbia, Souleymane Bachir Diagne, que estuvo siempre preocupado por

criticar la idea eurooccidental de universalidad. Pero, en su etapa madura, él llegó a aceptar la existencia de un pensamiento de pretensión universal, y lo encuentra en la traducción: allí ve una puerta abierta hacia un concepto y una praxis de universalidad.

Todo esto se fue presentando como posible a lo largo de la escritura. A un punto tal que muchas veces tuve que volver atrás y modificar cosas que ya había escrito.

Ustedes notarán la ausencia de algunos autores. Por ejemplo, lo que más se me ha señalado es que no hay una sola referencia aquí a Reinhart Koselleck, siendo que se trata de la historia de un concepto. Probablemente no tenga perdón que ese autor no figure aquí, pero lo cierto es que me dejé llevar por mis preferencias y mis prejuicios, también debo decir. Voy a tratar de subsanarlo en una nueva edición. Y además porque he conseguido y he podido navegar en la gran enciclopedia que Koselleck dirigió sobre los conceptos fundamentales de la tradición occidental, *Geschichtliche Grundbegriffe* (1972-1997), y uno de los últimos que aparecen en esos ocho volúmenes es el dedicado a la civilización. De todas maneras, quizás tenga que explicar por qué Koselleck no y Norbert Elias sí. Y es que Elias me entusiasmó al grado de eclipsar a Koselleck.

Pero entonces indagué un poco en el asunto, las relaciones entre ambos, y me llamó la atención la devoción que Koselleck tenía por Elias. Y las cosas que llegó a escribir sobre él, casi como si su teoría de la civilización fuera tan inmensa que hasta eclipsaba la propia: los resultados, no la teoría de la historia conceptual, pero sí algunas realizaciones de la historia conceptual. Por ejemplo, fue interesantísimo saber que es él quien escribió el obituario de Elias, y en ese obituario dice algo extraordinario. Está escrito en 1990, cuando muere Norbert Elias, y dice así: "Elias fue un alma cándida, a cuya fuerza arrolladora nadie podía escapar, ni siquiera quien buscaba discutir honestamente con él minucias científicas. Su paciencia y tolerancia abarcaban espacios de experiencia que incluían discusiones innecesarias. ¿Qué puede alcanzar la racionalidad científica sin tener más que esperanzas justificadas? Ese es el ejemplo que Norbert Elias nos ha dejado". Este va a ser el punto de partida de una incursión de mi parte en la teoría de Koselleck, más la lectura, por supuesto, del artículo que dedica Jörg Fisch al

término civilización en los *Conceptos históricos fundamentales*.

Bueno, del contenido del libro no voy a hablar, porque de eso se van a ocupar mis queridos colegas que van a comentarlo, pero sí quiero mencionar algunos derroteros que implican sorpresa, implican defectos, y también la intención de subsanar esos defectos. Y cosas inconcebibles, caminos que de pronto seguí y que eclipsaron otros que podría haber seguido, y esos eclipses eran una suerte de traición a mi propia carrera, a mi propia vida. Así que cuando me di cuenta tuve que volver muy atrás y reescribir varios capítulos. Me refiero a este episodio porque es interesante, yo creo que no es la primera vez que me encuentro en mi propio trabajo con ese tomar conciencia de lo olvidado y darme cuenta de hasta qué punto puede ser importante para uno lo olvidado. Y esto sucedió cuando ya, fíjense ustedes, estaba escribiendo sobre Huizinga y me encuentro con que él dice que el primero que Claro, porque ahí está la cuestión “del primero que”, el primero que acuñó, que formuló la definición, que acuñó la palabra. Eso es una cosa que se ha explorado muy bien, lo ha hecho Starobinski, lo hizo Lucien Febvre ya en los años 40. Pero, entonces, aparece Huizinga y dice: “El primero que definió la civilización fue Dante Alighieri”. ¡Dante Alighieri! Pero cómo me puedo haber olvidado de mirar eso. Yo he vivido, amado Italia, me he metido en la historia cultural de Italia y justo me voy a olvidar de Dante, ¿no? Y para colmo la definición de Dante es bellísima. Dice que construir la civilización es garantizar –lo poco que podemos garantizar– la felicidad de los seres

humanos en la Tierra. Es una definición gloriosa, a uno le llena el pecho de aire. Y de ahí que fui inmediatamente a consultar los datos eruditos que daba Huizinga y, por supuesto, tuve que rastrear qué pasaba con este despuntar de la palabra *civilità*, *civilitate*, que se convierte en *civilità* en todo el Renacimiento, hasta llegar al siglo XIX y la discusión que hay alrededor de la *civilità* que hacen Francesco De Sanctis y otros grandes intelectuales e historiadores de la época del Risorgimento. Para llegar –y eso sí que sabía que tenía que hacerlo– al sumergirse de Croce en ese debate; eso ya estaba claro en el plan.

Pero se me ocurrió que Croce no podía ser una flor exótica ni derivar, como lo hace muchas veces, la discusión de los alemanes. Y claro, Croce por supuesto que también cita a Dante y arranca de Dante. Entonces ahí hubo todo un replanteo y, no obstante, me olvidé de algo que sigue olvidado, pero que espero también poder subsanar en una nueva versión: otro inmenso italiano que es Vico..., no hay una sola palabra sobre Vico.

En fin, hay muchas otras cosas que ustedes irán encontrando a lo largo del libro. Pero quería hablar de esos descubrimientos y esas ausencias, porque creo que da un poco la idea del trabajo y de la emoción, sobre todo, que impregnó este trabajo. Fue una cosa de varios años en un contexto muy desgraciado como fue el de la pandemia, y después lo que siguió, la explosión del sistema político en el año 2023, cuando estaba terminando el libro. Eso quería presentarles del libro, más que sus contenidos, que después podemos explorar y debatir a partir de los comentarios. □